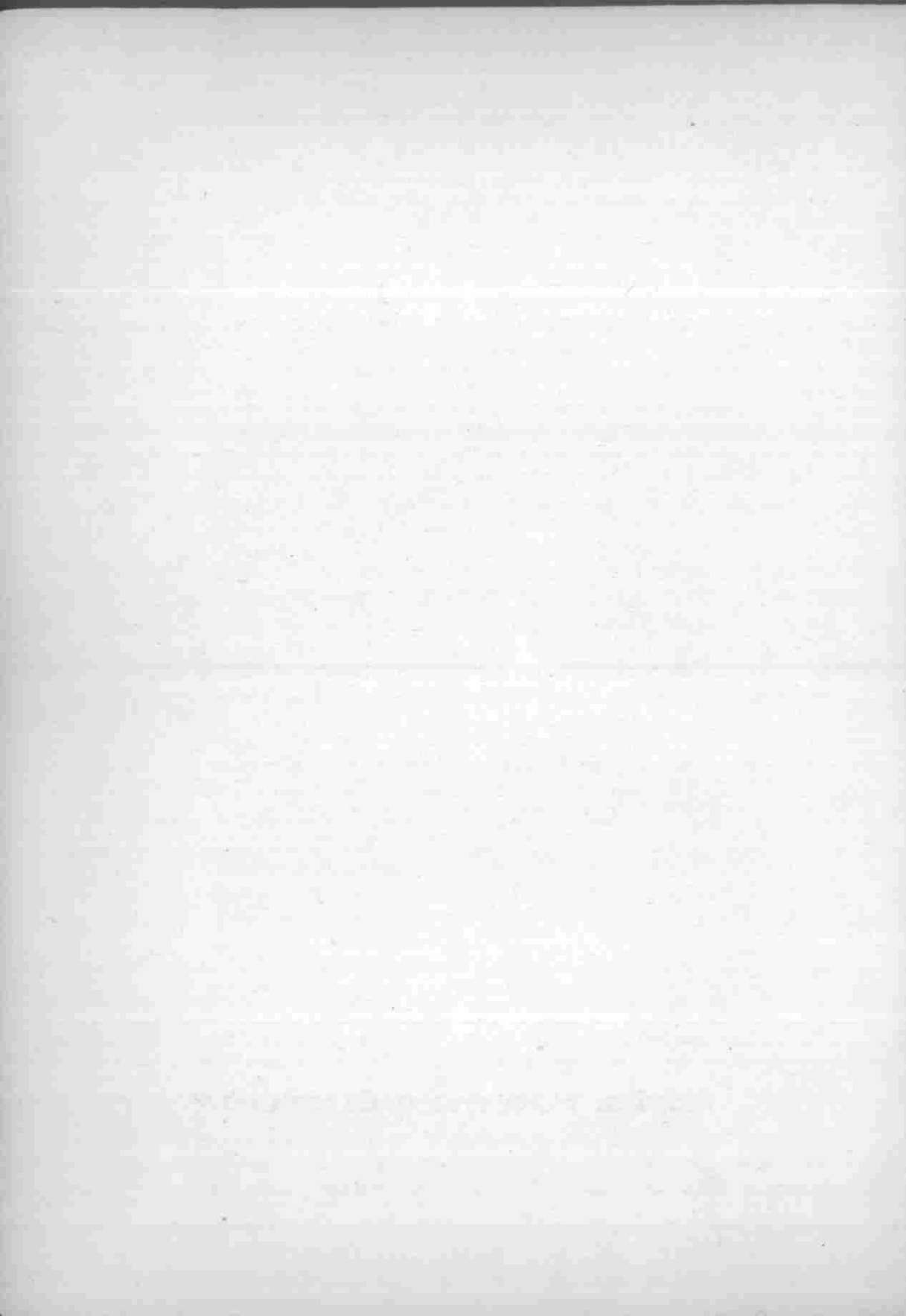


**Aripies, Furatena y Otromundo**



## CAPITULO VI

Cerca de las minas de esmeraldas, al otro lado de los cerros que demoran al oeste de las casas hay rancherías y labranzas en que habitan algunos indios aripies, resto de las numerosas tribus enemigas de los muzos. Viven con cierta independencia sin sujetarse a trabajar como peones, ni tolerar poblaciones extrañas en lo que llaman *su territorio*, que pretenden se extiende hasta las riberas del Magdalena. Estos no piden humildemente a los descendientes de los conquistadores un rincón de tierra para morir y subsistir bajo el título de *resguardo*, como lo hacen los demás indios reducidos. Altivos todavía, y aspirando con el aire de sus bosques el sentimiento de su dignidad de hombres y de señores legítimos del suelo que habitaron sus padres, lo llaman *suyo* y hablan de sus apartados linderos con la naturalidad de propietarios seguros de su derecho. Sin embargo, la civilización les dirá pronto que siendo pocos no es *útil* que se les dejen a ellos solos millares de leguas cuadradas de terreno, y se lo irán reduciendo a unas pocas fanegadas; y el hombre de las selvas verá con asombro este despojo, primer beneficio que recibirá de la sociedad civilizada. ¿Cómo ha de amarla entonces? Los aripies son de regular estatura, bien hechos de cuerpo, de facciones pálidas e inteligentes. Visten ancho calzón blanco que llega a la rodilla, camisa también blanca de lienzo del país, sombrero de rama y sandalias de cuero. A ellos se confía la construcción de los puentes colgantes sobre el Minero, contentándose estos ingenieros naturales con que les paguen un real diario a cada uno, y desempeñan su tarea con lealtad y prontitud. Sus costumbres son puras y sencillas: obedecen y respetan a los ancianos, a las autoridades nuestras y a los blancos de porte decente; viven felices, "ni envidiados ni envidiosos".

Ignórase que haya en los alrededores de Muzo particularidad alguna o recuerdo de los primitivos moradores. Habláronme de una cueva que dicen perfora la serranía al sur-sureste del pueblo y era frecuentada por los indios; pero nadie supo indicar

dónde quedaba, ni dieron noticias de haberla visitado: lo contrario habría sido de extrañarse en gentes tan morosas y apáticas, cuyo vivir es una pura y simple vegetación. En la misma serranía, como a 400 varas en la dirección del camino hacia Coper, brotaba un manantial cuyas aguas exhalaban fuerte olor a ajo. No hace mucho que desapareció bajo un derrumbe, y esta circunstancia, unida a la de no haber podido procurarme un poco de tierra del lecho del perdido manantial, me privaron de datos sobre que fundar juicio alguno.

Dos cosas nos restaban por averiguar: la situación e importancia de una población que con el caprichoso nombre de *Otro-mundo* se halla indicada en un antiguo mapa manuscrito, el cual la sitúa casi al norte de Muzo y a muchas leguas de distancia sobre las márgenes del río Minero; y los dos picachos aislados y divididos por este río, mencionados en la crónica del padre fray Pedro Simón como adoratorio de los muzos, quienes los llamaban *Fura* y *Tena* (Hombre y Mujer) y descritos por nuestro distinguido compatriota M. M. Zaldúa cual dos gigantescas rocas de granito. De una y otra cosa nos daban noticias tan contradictorias y a veces disparatadas que determinamos seguir viaje hasta donde la aspereza y lo despoblado de la tierra nos lo permitiera para salir de dudas. Habíamos visto desde una eminencia la Furatena muy a lo lejos como dos grandes torres formadas de rocas aisladas y apoyadas en estribos montuosos que las enlazaban a las serranías adyacentes, y deseábamos ver de cerca aquellos monumentos naturales, que si, como indica el señor Zaldúa, son de formación granítica, constituirían un sorprendente fenómeno geológico, por cuanto el terreno y los cerros que veíamos pertenecen a las clases llamadas *secundario* y *de transición*. En consecuencia, emprendimos marcha para Canipauna.

Tomamos el camino de *abajo*, porque el de *arriba* nos dijeron que estaba cerrado, lo que significa que el bosque lo ha invadido y cubierto sin oposición ni contradicción de los tolerantes vecinos; noticia de mal agüero respecto del camino que decían abierto. A tres leguas y media se redujo nuestra jornada, hasta llegar al pueblo de Puripí, cabecera del distrito parroquial de Maripí. Una serie continua de subidas y bajadas rápidas por sendas que a trechos sirven de cauce a las aguas llovedizas dejando el suelo lleno de zanjas, escalones y saltos donde las mulas hacen evoluciones admirables, sin contar con la voluntad del jinete, quien tiene que abdicarla y transferirla a la bestia; tal es el camino de Muzo a Puripí; baste decir que gastamos nueve horas en andar

las tres y media leguas, y que los sacudimientos eran tan fuertes, que los barómetros marcaron en Puripí ochocientos y ochocientos cuatro milímetros, es decir, una insigne herejía, puesto que nos ponían más abajo del nivel del mar; el mercurio se había aglomerado en la parte capilar del tubo, y la columna superior no descendía.

El pueblo susodicho contendrá 80 vecinos en pocas habitaciones de paja que no desarmonizarían con las casas de Buenavista, así como los moradores nada tienen que envidiar a los de Muzo en punto a jipatera y relajación de costumbres. Nacen 35 en el transcurso de doce meses en el distrito (800 habitantes) y mueren 29; por manera que aquello camina rápidamente a la despoblación en medio del más completo abandono, pues no cuenta Maripí con un solo hombre benéfico e influyente que corrija las costumbres y regenere esa pequeña sociedad acancerada al nacer. "Aquí no hay cura, aquí no hay cura", iba diciéndome yo mismo conforme enderezaba mis pasos hacia la iglesia para ver si me había equivocado en mi fallo. Llovíase el edificio por todas partes, en términos de estar amenazando ruina. ¿Para qué decir lo demás? El cura, anciano y achacoso, vivía extraño a cuanto le rodeaba, gastadas las fuerzas del alma y del cuerpo, inválido para las tareas activas y multiplicadas del sacerdote civilizado. Nuestra legislación no ha consagrado un solo pensamiento de reforma y beneficencia respecto de estos importantes funcionarios que, como he dicho antes, lo son todo en pueblos retirados e incipientes, donde el alcalde es un pobre rústico que ni aun la constitución política ha leído, y la acción de las leyes llega floja y desvirtuada, si acaso llega. ¡Pluguiese a Dios que por fin se aboliera la perniciosísima práctica de cobrar dinero por la administración de los sacramentos, verdadero simonismo que desautoriza y vilipendia el ministerio del cura y le despoja de su prestigio moral a los ojos de los feligreses, al paso que propaga entre éstos la corrupción y el concubinato! Pero no bastará señalar sueldo a los curas para que vivan modestamente: la justicia y la conveniencia demandan que se piense también en crear un fondo de pensiones de retiro para los inválidos del sacerdocio activo a quienes la vejez y la pobreza sorprendan e inutilicen en medio de sus trabajos meritorios. Se han prodigado las pensiones civiles, monstruosa anomalía en el seno de la República, para premiar a empleados sedentarios envejecidos en sus fáciles quehaceres, y se han olvidado los párrocos rurales, sin recordar que ellos también envejecen, y envejecen rodeados de privacio-

nes y bajo el peso de todo linaje de fatigas. ¿Cómo culpar entonces a un cura que en el último tercio de su vida se vuelve interesado y avaro? La previsión de la miseria y la certeza del desamparo que le esperan le compele a degradarse metalizando su corazón, y de pastor benévolo se convierte en despiadado esquilador de sus feligreses. La culpa no es originariamente suya, pero el daño moral de los pueblos es incalculable, y acaso irreparable.

Dos leguas más adelante de Puripí llegamos a una cuesta que había de bajarse para atravesar la quebrada del Salitre. La cuesta era realmente un barranco muy peinado, y sin asomo de camino, salvo una estrecha vereda. Fue preciso desmontarse y dejarse rodar echando cada cual su cabalgadura por delante. Pasada la quebrada sorprendimos en el hueco de una gran peña a una pobre indiecita que, toda azorada, trataba de ocultar dos pequeños calabazos. Según luego supimos estaban llenos de agua salada recogida lentamente en un manantial próximo. La infeliz muchacha tenía aprendido ya que en la tierra de sus mayores el hombre civilizado había erigido en delito el acto de aprovecharse de uno de los dones espontáneos de la naturaleza. Tranquilizámosla hasta el punto de señalarnos ella misma el escaso hilo de agua donde penosamente acopiaba de tiempo en tiempo la cantidad de sal necesaria para su familia; no valía la pena de detenerse a examinarlo, y seguimos adelante a escalar un cerro que se alzaba derecho y descarnado sobre la quebrada. No había otro camino sino una senda muy angosta que serpenteaba en cortos ziszás hasta la elevada cumbre piramidal. Conforme subíamos, el problema se complicaba más y más. El suelo de la senda se componía de pizarra desmenuzada que cedía bajo el casco de la mula y rodaba por la ladera. Nada de parapeto para tranquilizar los nervios, un tanto alterados por la contemplación del despeñadero limpio y vertical que terminaba en lo profundo sobre el lecho de la bulliciosa quebrada, y se remontaba hasta lo alto con apariencias de inaccesible. Las mulas mismas se detenían sobresaltadas al llegar a los ángulos de aquella diabólica espiral, como si reflexionasen de qué manera darían la vuelta sin precipitarse. Todo lo que yo había leído sobre el vértigo que suele producir la vista de los precipicios y el poder de la imaginación para conservar o hacer perder el equilibrio, se me vino allí a las mientes por mi mal. Cerraba el ojo del lado del despeñadero para no ver sino los peñascos cercanos del lado opuesto e imaginarme que iba por un camino ancho; pero al llegar a los

ángulos de la espiral y ver con entrambos ojos la falta de suelo, no era posible conservar la consoladora ilusión. Poco a poco y en profundo silencio trepamos hacia arriba; el maldito camino, como es uso y costumbre en la mayor parte de los nuestros, sube a la cima misma del picacho aprovechando toda la altura para después proporcionar el placer de una bajada correspondiente; así las agradables emociones del tránsito se prolongan hasta que no hay donde encaramarse, como si se hubiese querido poner a prueba la serenidad del viandante y la fortaleza de las bestias. La bajada del cerro es comparativamente suave y segura, pasándose al pie una quebrada sin nombre, que bien pudiera llamarse *Mal paso* en la futura carta geográfica, por lo que voy a referir, lo cual completará la descripción de esta parte de la ruta, muy parecida a las demás de la comarca que transitábamos. Corre la quebrada por un cauce profundo labrado en la pizarra y el sisto arcilloso; el camino sigue la orilla izquierda del barranco por una pendiente que al llegar al último recodo visible se alza muchas varas sobre el fondo de la quebrada formando paredón. Al fin del recodo se da vuelta súbitamente para tomar la falda de una colina a la mano izquierda, y precisamente en este repliegue del camino sobre sí mismo apenas mide media vara de ancho desde la recta colina al borde del barranco. La falda de la colina tiene una altura repentina de tres varas sobre la senda de que es continuación, y esta altura se salva trepando por una escalera formada de grandes piedras negras, lustrosas y casi redondas. Iba yo distraído detrás de mi compañero, cuando el ruido de los cascos de su mula que se resbalaba, las voces que daba para animarla y el grito de "¡pie a tierra!" que me dirigió desde lo alto del recodo me hicieron reparar en el paso peligroso; mas ya era tarde, pues mi mula comenzaba a subir la escalera, y entre la colina de la izquierda, banqueada a pico, y el hondo barranco de la derecha no había espacio para cejar ni para apearme. La mula se detuvo a examinar el lugar como lo acostumbran estos inteligentes animales; yo le confié las riendas y mi suerte, y al fin arrancó para arriba; pero en la mitad de la escalera le fallaron ambas patas y resbaló violentamente para atrás a caer en derechura a lo profundo de la quebrada. Una interjección vigorosa que me arrancó el susto animó al animal, no menos asustado, que haciendo pie firme, no sé cómo, giró sobre el precipicio describiendo un semicírculo con todo el cuerpo en el aire hasta recuperar el suelo hacia atrás.

—¡Virgen de Chiquinquirá, mi amo, eso es volar! —exclamó el peón baquiano que desde abajo presenciaba con la boca abierta aquellas extrañas cabriolas.

—¿Y quién te ha dicho, alcornoque —replicó mi compañero desde lo alto— que este camino se ha hecho para caminar?

—Sí, mi amo, el camino está *fierecito*, pero en bajando la otra cuesta entraremos en lo llano, que aunque es un poco pantanoso no tiene peligro.

—¡Otra cuesta y un llano pantanoso! —exclamé desmontándome—; ¡buen consuelo! ¿Y vos decís, ala, baquiano, que este camino *fierecito* es mejor que el que llaman de arriba?

—Sí, señor: el de arriba lo ha tapao el monte, y hace tiempo que no lo componen.

—¿Y qué hacen el alcalde de Muzo y el de Puripí?

—¡Puss quién sabe, señor!

Este *quién sabe* es el ultimátum de los indígenas y mestizos. En llegando a él no hay que preguntarles más sobre el asunto de que se trate, pues o nada saben o no les conviene decir lo que saben. El ultimátum de nuestro baquiano tenía evidentemente más de malicioso que de cándido; razón adicional para dejarlo en pacífica posesión de su reserva. Todos los caminos de la parte baja del cantón de Chiquinquirá se parecen al que de intento he descrito. ¿Cómo, pues, han de progresar aquellos distritos condenados al aislamiento por la incuria de los vecinos y la estolidez de los alcaldes? Ni debe sorprender la próxima extinción de los pueblos de Buenavista, Muzo y Puripí, cuando a la falta de caminos transitables se une para destruirlos la ausencia de toda policía y el egoísmo y la avaricia de los vecinos que podrían atajar la ruina, pero que no la perciben o ¡cosa extraña! están interesados en ella como las autoridades de Muzo.

Bien entrada la tarde llegamos a Canipauna, pueblo de veinte casas de paja, fundado en 1847 y compuesto de los vecindarios entonces existentes de Canipe y Pauna, de cuyos dos nombres indígenas han sacado ahora el compuesto que lleva el nuevo pueblo. Está situado éste en una llanurita abierta y alegre, a corta distancia más abajo del asiento del antiguo Pauna. Aquí, como en Caldas, ha faltado una cabeza inteligente para trazar el pueblo, y cada cual ha levantado su casa donde mejor le ha parecido, con el desorden que es de considerarse. Los habitantes son más activos y robustos que los de los otros distritos, y en el mercado semanal se nota bastante concurrencia y movimiento, celebrándose los cambios y contratos principalmente con vecinos de Chi-



quinquirá. Canipauna encierra muchos elementos de progreso y adelantará sin duda si la suerte le depara alcaldes como el que hallamos funcionando, joven lleno de patriotismo y deseosísimo de la felicidad de su distrito.

Al noroeste del pueblo y a distancia directa de dos leguas y media, en el último término de una serie de colinas decrecientes que desde Canipauna bajan hasta el pie de la majestuosa serranía del Tambrial, divisamos los vértices blanquecinos y erectos de Furatena. Para llegar allá era preciso dar un rodeo de casi cinco leguas, yendo por el camino que conduce al Otromundo; circunstancia de que nos alegramos, puesto que de alguna cumbre sería fácil determinar la posición de aquel vecindario singular, y en las cercanías de Furatena debíamos hallar quienes nos dieran todos los informes apetecibles, visto que ir personalmente al Otromundo era empresa homérica, no siendo fácil atravesar las selvas y desiertos que de él nos separaban. A la mañana siguiente partimos, y como a las tres de la tarde llegamos a la casa del señor Padilla, donde hubimos de dejar las cabalgaduras para trasponer un cerro que nos dividía del objeto de nuestra excursión. No había camino alguno, y fue menester abrir a machete una pica por entre el bosque: el calor era abrasador y la fatiga no pequeña, pues las laderas del cerro son en extremo escarpadas. Por fin avistamos las turbulentas y negras aguas del Minero, y de allí a poco nos hallamos en su orilla derecha, teniendo enfrente al Furatena. Fue ésta en su origen un alto estribo de la serranía del noroeste, roto al través por algún terremoto que dio paso al Minero. Las aguas del río, que allí es caudaloso y corre a razón de una legua por hora, labraron la rotura hasta bajarla al nivel del cauce, cortando la peña verticalmente. El cerro mayor (Fura) mide 625 metros sobre el río, de los cuales 100 son una línea perpendicular, determinándose desde este límite a la cúspide una ligera inclinación hacia atrás, sin más vegetación que algunos arbustos. La parte posterior del cerro, a trechos montuosa, baja en ondulaciones rápidas y cortas dejando al descubierto la altiva cresta del coloso, descarnada y en forma de un inmenso bonete coronando una pirámide irregular. El cerro menor (Tena) mide 380 metros del pie a la cima, cortado perpendicularmente sobre el río, y formando su espalda un plano inclinado ondulante, que comienza a un tercio de la altura de la cumbre, dejándola aislada. La rotura que los separa tiene 300 metros de abertura en lo alto y 30 en lo bajo, por donde se precipita el Minero, encajonado y ruidoso. Capas

rectas y casi a plomo, de sisto arcilloso y pizarra, constituyen uno y otro peñón, que lavados por los fuertes aguaceros dejan al descubierto las puntas y aristas agudas que les dan la extraña apariencia que los hace tan notables. Al pie de estos gigantes la figura del hombre desaparece en su pequeñez, y sólo la majestuosa serranía de que son apéndice y que se alza a 3.253 metros sin transición de valles ni cuestras, podría disminuir la grandeza del efecto que a no ser por esto produciría la Furatena con su aspecto imponente y la desnudez de sus rocas contrastando con el espeso y vigoroso bosque de los cerros vecinos. Una legua más adelante de la Furatena hay otro fenómeno geológico en que nadie pone atención, siendo como es admirable y grandioso. Hablo del boquerón de Peñaarmada, que es un corte hecho a pico en la gran serranía para dar paso al Minero y al Tapachipí reunidos. Tiene la abertura 2.500 metros de espacio arriba, y 500 metros en la base. El cerro cortado mide 3.531 metros de altura y las paredes del boquerón descansan en muros perpendiculares de 1.050 metros de elevación, formado cada cual por una sola roca de gres. Nada puede ser comparable al supremo esfuerzo de la naturaleza para romper así aquella enorme masa de rocas que parecen creadas para resistir las más violentas conmociones: el ánimo se sobrecoge al considerar la magnitud del poder puesto en acción para vencer tamaño obstáculo, y se admira la oportunidad con que la mano del Creador abatió la estupenda barrera a fin de dar libre paso a los dos ríos, que de otra manera habrían inundado toda la comarca, detenidos en su curso por altas serranías capaces de resistir inmóviles cualquiera presión de las aguas.

Como el día se nos acababa tratamos de regresar temprano a tomar nuestras cabalgaduras y alcanzar el pueblo no muy entrada la noche; mas en la penosa faena de escalar a pie el áspero y montuoso cerro que nos separaba de la estancia del señor Padilla, gastamos el resto del día, y el dueño de la casa, anciano respetable, amable y franco que en aquella soledad vive patriarcalmente rodeado de sus hijos y nietos, no nos permitió seguir, dándonos su mesa y hospedaje de una manera tan cordial que no era posible rehusar el oportuno beneficio. Hablámosle del Otromundo. "He estado en él", nos dijo, y no pudimos menos de sonreírnos por lo estrambótico del *quid pro quo*: "es un vecindario de seis familias asentado a orillas del Minero, siete leguas de aquí, río abajo. Antiguamente era más numeroso, formado de malhechores que huían de la justicia y hallaban en ese desierto

un retiro entonces inaccesible, y vivían allí sin Dios y sin ley, subsistiendo de la abundante pesca que ofrece el río, algunas matas de plátano y de la caza de venados y otros animales montaraces. Poco a poco han ido entrando en relaciones con nosotros y hoy se consideran como parte del distrito de Canipauna, habiendo recibido un comisario y sometidos a las autoridades. No es gente mala, aunque rústica y casi pagana, pues hay muchachos grandes y sin bautizar. Las mujeres visten unas enaguas de lienzo atadas al pescuezo, sacando los brazos por las aberturas laterales: los hombres llevan calzón ancho, y cuando salen por acá se ponen camisa. Había entre ellos un negro viejo que sacaba mucho oro de parajes ignorados de los demás y perdidos después de la muerte del monopolista. Ahora comercian sacando algún cacao, cabezas de negro (marfil vegetal) y otras cosillas de poca monta que les producen lo necesario para comprar vestidos y herramientas. Donde tienen sus habitaciones hace el río anchas y hermosas vegas sumamente fértiles que permanecen sin cultivo y que sembradas de caña, café, cacao y algodón, enriquecerían a cualquiera, puesto que todo podría llevarse fácilmente río abajo hasta el puerto del Carare sobre el Magdalena.

Tales fueron las noticias que del Otromundo adquirimos. Su situación es 8 leguas al noroeste de Canipauna y 17 leguas al suroeste del puerto del Carare siguiendo el curso del Minero, que en aquellos parajes es manso, profundo y navegable y lleva sus aguas al través de selvas vírgenes y desiertos aún no explorados por el hombre.

